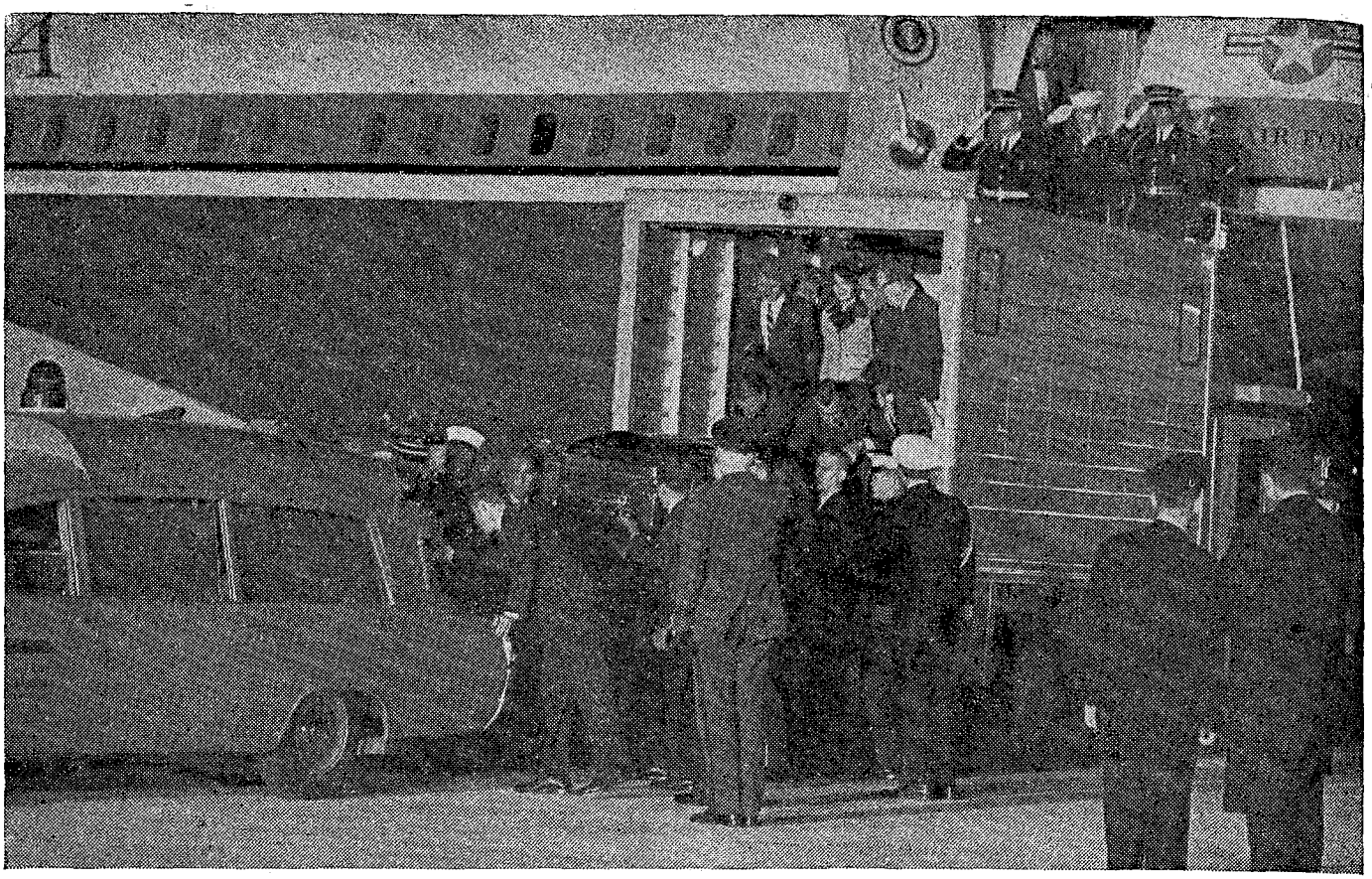

El féretro con el cuerpo del Presidente asesinado a su regreso de Dallas, Texas, la noche del 22 de Noviembre de 1963. En la descargadora pueden verse al hermano del Presidente Robert F. Kennedy (corbata a rayas) y a la viuda Mrs. Kennedy.

Oraciones Fúnebres

MIKE MANSFIELD,

Líder del sector Demócrata del Senado de los Estados Unidos.

Se escuchaba el eco de la risa, que de pronto se desvaneció.

Y entonces ella tomó un anillo que llevaba en un dedo y lo colocó en las manos de él.

Erase un hombre, ni viejo ni joven, con un rasgo de ingenio; pero un rasgo de ingenio lleno de la sabiduría de un viejo y de la sabiduría de un niño; de pronto, desapareció.

Y entonces ella, tomó un anillo que llevaba en un dedo, y lo colocó en las manos de él.

Erase un hombre marcado por las cicatrices de su amor a su patria; un hombre movido por la avidez de una vida que distaba mucho de haber recorrido todo su camino; de pronto, desapareció.

Y entonces ella se quitó un anillo que llevaba en un dedo y lo colocó en las manos de él.

Erase un padre que tenía un hijito y una hijita que compartían su alegría y, en un momento, todo terminó.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Y ella se quitó el anillo que llevaba en uno de los dedos y lo colocó en las manos de él.

Erase un padre que pedía mucho y daba mucho, y de este pedir y dar tejió con su mujer algo que no puede romperse en la vida, y en un momento, todo terminó.

Y ella, tomó el anillo que llevaba en uno de sus dedos y lo colocó en las manos de él.

Y lo besó y cerró la tapa de su féretro.

En ese instante, ha muerto un poco de cada uno de nosotros.

Con todo, al morir nos dió parte de su ser. Nos dió un corazón bueno del que surge la risa. Nos dió parte de su bondad y un vigor fundido con coraje humano para ir sin miedo en pos de la paz.

El nos dió su afecto, para que, a su vez, nosotros pudiéramos trasmitirlo a los demás, para que nos pudiéramos ofrendar ese afecto los unos a los otros, hasta que no haya espacio, en lo absoluto, para la intolerancia, el odio, los prejuicios y la arrogancia que convergieron en un momento de prejuicios para destruir su vida.

Al dejarnos estos dones, John Fitzgerald Kennedy, Presidente de los Estados Unidos, está con nosotros. ¿Los recogeremos, Señor Presidente? ¿Tendremos la sensatez, la responsabilidad y el valor de recoger esos dones? Elevo mis oraciones a Dios para que así sea!

EARL WARREN,

Presidente del Tribunal Supremo de los Estados Unidos.

Pocos son los acontecimientos de nuestra vida nacional que unan a los norteamericanos y conmuevan tanto al corazón de todos nosotros como la desaparición de un Presidente de los Estados Unidos.

No hay nada que añada la consternación de nuestra pena tanto como el asesinato de nuestro Jefe, puesto que había sido elegido para personalizar los ideales de nuestro pueblo, la fe que tenemos en nuestras instituciones y nuestra creencia en la paternidad de Dios y en la hermandad de los hombres.

Desgracias de esta índole han abrumado a nuestra nación en otras ocasiones, pero nunca más sorprendentemente que hace dos días.

Estamos apenados, estamos anonadados, estamos perplejos.

John Fitzgerald Kennedy, un Presidente grande y bueno —el amigo de todos los hombres de buena voluntad— un creyente en la dignidad e igualdad de todos los seres humanos; un luchador por la justicia; un apóstol de la paz, ha sido arrebatado de nuestro seno por la bala de un asesino.

Puede ser que nunca lleguemos a conocer los móviles de este horrible asesinato, pero sabemos que tales actos son frecuentemente estimulados por las fuerzas del odio y de la maldad, tales como las que hoy están provocando un holocausto de sangre dentro de la sociedad norteamericana.

¿Qué precio pagaremos por este fanatismo?

Se ha dicho que lo único que aprendemos de la historia es que no aprendemos de ella.

Pero seguramente que podemos aprender si tenemos la decisión de hacerlo. Seguramente que hay una lección que aprender de este trágico acontecimiento.

Si amamos realmente a este país; si somos partidarios de la justicia y de la clemencia; si queremos fervientemente que esta nación sea mejor para aquellos que nos sucedan, podemos al menos abjurar del odio que envenena al pueblo, de las falsas acusaciones que nos dividen y de los resentimientos que engendran la violencia.

Es mucho esperar que el sacrificio de nuestro amado Presidente sirva para ablandar los corazones de aquellos que no serían capaces de cometer un acto de asesinato, pero que no se abstienen de divulgar el veneno que hace surgir en otros la idea de cometerlos.

Nuestra nación está acongojada. El mundo entero se siente más desolado debido a su pérdida. Pero todos nosotros podemos ser mejores americanos, porque John Fitzgerald Kennedy ha estado a nuestro lado; porque ha sido nuestro

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

líder en un momento de la historia en que su carácter, su vigor y su severa valentía le han permitido llevarnos por un rumbo seguro a través de los obstáculos de mares procelosos que rodean el mundo.

Y ahora que él está libre de las responsabilidades casi sobrehumanas que le impusimos, roguemos a Dios que descanse en paz.

JOHN W. McCORMACK,

Presidente de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos.

Todo ciudadano que examine retrospectivamente la historia de nuestra querida patria no podrá menos que observar que hemos sido favorecidos por Dios en mayor grado que la mayoría de los demás pueblos.

Al reunirnos hoy en este recinto, sobrecogidos por el dolor, los miembros del Congreso y nuestro pueblo ponen de manifiesto su más sentido pésame a Doña Jacqueline y al Embajador Joseph P. Kennedy y su señora esposa, viuda y padres del extinto Presidente. En el mundo entero millones de personas comparten también su hondo pesar, considerando la muerte del Presidente una tragedia personal, como si se tratara de un querido miembro de la propia familia.

En cada grave crisis de nuestra historia hemos encontrado a un dirigente capaz de asumir el mando y de orientar al país ante los problemas que afronta.

En los primeros años, cuando nuestro poder y riqueza eran tan limitados y tan grandes los problemas a que hacíamos frente, Washington y Jefferson aparecieron para dirigir a nuestro pueblo.

Luego, tras dos generaciones, cuando nuestra patria fue dividida por una guerra fratricida, Abraham Lincoln apareció de la masa del pueblo como un dirigente capaz de reunificar la nación.

En época más reciente, en los días de la crisis económica y de la gran guerra que la agresión facista nos obligó a librar, Franklin Delano Roosevelt se presentó para reorganizar el país y llevar a la ciudadanía a la victoria. Finalmente, hace poco, cuando la guerra fría engendraba una crisis suprema, con la amenaza de una guerra nuclear capaz de destruir todo lo que nuestros antecesores habían edificado con tanto esmero; una vez más, un hombre vigoroso y gallardo vino dispuesto a dirigirnos.

Ningún país debe desesperarse siempre que Dios, con su infinita bondad, continúe dando a la nación dirigentes capaces de orientarla a través de crisis sucesivas que parecen ser el destino inevitable de toda gran potencia.

De seguro, no ha habido país que encarara problemas más gigantescos que los que nosotros hemos afrontado en los últimos años, y seguramente ningún país podría haber tenido un gobernante más capaz en esas épocas de crisis. El Presidente Kennedy poseía todas estas cualidades de grandeza. Tenía profunda fé, completa confianza, comprensión humana y amplia visión para reconocer el verdadero valor de la libertad, la igualdad y la confraternidad que siempre han sido la característica de los ideales políticos de los Estados Unidos.

El valor y sentido del deber de que estaba dotado le dieron la determinación que se requería, para hacer frente a las grandes responsabilidades de la presidencia en momentos de tan grandes pruebas. Estaba dotado de bondad y sentido de humor que le harían más llevadera la carga asumida, y se la harían también llevadera a sus colaboradores; dotes personales que, por otra parte, inspirarían en gentes de todas las razas y todos los planos sociales, avidez de colaborar con él en sus tareas.

Estaba dotado de la tenacidad y la determinación que se requerían para llevar a cabo felizmente cada aspecto de su gestión.

Ahora, cuando una cruel muerte nos ha arrebatado al gran Dirigente, nos hemos de sentir estremecidos e inseguros ante nuestra pérdida. Esto no es sino natural. Pero a medida que las amargas palpitaciones de nuestro dolor empiezan a amainar, debemos dar gracias a Dios que, siquiera brevemente, tuvimos el privilegio de contar con este gran hombre como nuestro Presidente. Porque ahora pasa a ocupar un sitial entre las grandes figuras pasadas de la historia mundial.

Si bien es una ocasión para el duelo profundo, debería ser igualmente una de consagración. Debemos tener la determinación de adherirnos al espíritu de la obra de John Fitzgerald Kennedy y de seguirla, en aras del fortalecimiento de la patria y de un mundo futuro de paz.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org